

# Invencibles, inmortales, infalibles y aparentemente incorregibles

Laura E. Asturias

Diario La República, 7 de diciembre de 1994

Hace algunos días, basándome en hechos que he observado, hice un llamado a la responsabilidad a algunas empresas que venden alcohol sin exigir identificación para verificar la edad del cliente. El tema de hoy está íntimamente relacionado a ese otro, ya que se sabe que el consumo de alcohol desinhibe a la persona y que, combinado con ciertas cuestiones socioculturales, puede llevarla a perder la conciencia de sus actos. Lo más triste, sin embargo, es ver lo que pasa **sin** influencia del alcohol.

Estas líneas habrían podido ser impresas bajo el título "Testosterona al volante", no porque la velocidad y el placer derivado de ella sean necesariamente causados por la hormona masculina, sino debido a que ésta, como bien sabemos, suele abundar particularmente en los hombres, quienes más conducen. Y si acaso fueran provocados por la testosterona—que también existe en las mujeres, aunque a menor escala—se entendería por qué, hoy en día, tantas jovencitas manejan sus autos como endemoniadas.

A propósito de jovencitas, fue precisamente mi hija, de 13 años, quien agregó "y aparentemente incorregibles" al encabezado de este artículo, a raíz de sus propias observaciones siempre que me acompaña en el auto.

Según se puede notar en las calles, un creciente número de mujeres parece experimentar esa sensación de poder derivada de la velocidad y el control absoluto del volante. Podría ser una cuestión de los tiempos, un producto paralelo del "empoderamiento" de las mujeres, que aparentemente nos conduce—como en el campo de los negocios—a actuar en formas similares a las de los hombres.

Y esto lo sé porque fui una "corredora inconsciente", y por la sencilla razón de haber tenido como padre a un hombre que, en sus mejores tiempos, fue uno de los grandes corredores de auto y motocicleta del país: el "Loco" Asturias. Mi padre solía llevar su apodo encima con gran orgullo. Llegó a competir, allá por los años cincuenta, en la Carrera Panamericana al lado de figuras como el renombrado Fangio de Argentina.

Lo curioso es que, en el curso de su vida, mi padre tuvo relativamente pocos accidentes de tránsito, a pesar de las altas velocidades a que sometía a sus juguetes mecánicos—con o sin familia adentro de ellos, con o sin pistas de aceleración. Ignoro si esto se debió a su gran experiencia, a que entonces había menos autos o, simplemente, al factor suerte. El caso es que su destino no era toparse con la muerte mientras se encontraba detrás del volante. A mi padre se le diagnosticó leucemia algún tiempo antes de morir. Pero fue su

estilo de vida lo que laceró sus últimos años: a pesar de haber dejado de beber diez años antes de su muerte, y después de casi toda una vida de alcoholismo, la cirrosis se encargó de devolverlo al Creador.

Ignoro a ciencia cierta qué es lo que impulsa a tantos jóvenes a lanzarse por las calles con el auto como si fueran a recibir herencia o tuvieran asuntos vitales que atender al llegar a su destino. Mi teoría de la influencia de la testosterona sobre la velocidad podría ser válida, pero no es más que una teoría. Y, válida o no, es francamente preocupante que un gran número de jóvenes sean precisamente quienes causan tantos accidentes—y tanta muerte como resultado de ellos.

Criticamos las imágenes de violencia, atropellos y violaciones que la televisión emite cada cuantos minutos, y tal vez nos hacemos el propósito de limitar el tiempo que nuestros hijos pasan imbuidos en la pantalla chica. Sin embargo, cuando llegan a cierta edad, les damos juguetes mortales que, evidentemente, no son capaces de manejar tan bien como manipulan los controles del Nintendo o los videojuegos.

Un gran número de jóvenes—30 cada mes, según estadísticas solamente del Hospital Roosevelt—se están quedando inválidos debido a la violencia con arma blanca o de fuego y los accidentes de tránsito.

Tantas veces ponemos en manos de nuestros hijos vehículos que muy pronto se convierten en herramientas de muerte, sea propia o ajena. Y parece ser que con cada regalo que les ofrecemos, lentamente les infundimos la noción de que son invencibles, inmortales, infalibles.

Pero quizás los incorregibles seamos nosotros, los padres, a quienes se nos escapa dar a nuestros hijos el “manual de instrucciones” necesario para que actúen humanamente. Porque es claro que no será sino hasta que corrijamos nuestros nocivos ejemplos y asumamos a conciencia nuestra función de adultos que podremos llamarnos padres y brindar a los jóvenes los modelos humanos y el mensaje de esperanza que precisan para querer conservar su vida y respetar la de otros.